

Notas del Mes

Doña Inés

Se ha ido doña Inés en viaje hacia el misterio. Hacia esa región a donde todos los humanos hemos de llegar y a la cual, ella, se refería con ese humor un poco escéptico, que luego cuando los años fueron aumentando se transformó en piedad, en respeto no exento de ingenio humorístico y travieso.

Pasarán muchos años, seguramente, antes de que se repita el caso, de que una mujer de la alta sociedad chilena exhiba tan interesantes muestras de inteligencia, de vivacidad mental, de intelecto despejado y fino para darle relieve a los hombres y a los hechos que ocupaban su atención.

Doña Inés Echeverría de Larraín era, sin duda alguna, mujer de talento superior, en quien se aunaban felices disposiciones de inteligencia y de temperamento para dar la nota del humour, aspecto bien poco cultivado entre la gente de letras de esta tierra.

Una herencia de ilustres antepasados, entre los cuales se contaba don Andrés Bello, influyó sin duda alguna en la afinación de su espíritu, inclinado tal vez más a ver la falla, lo ridículo o lo superficial, para ponerlo en relieve con tintes que a veces casi tocaban la crueldad.

Iris, famoso pseudónimo con que firmaba sus escritos doña Inés, llena cincuenta años de actividad intelectual. Sus crónicas

en diarios y revistas reflejan la varia inquietud de su alma que oscilaba entre el humour y la aguda interpretación de escenas y costumbres de la época que vivió en los medios de la alta clase santiaguina y europea.

No cesó un instante de trabajar. En los días de su fallecimiento, ocurrido en el mes de enero del año que corre, se publicó su libro «Au Delâ», escrito en francés. Son páginas que encierran los últimos resplandores de un ingenio fértil, expuesto en un estilo brillante. «Atenea», que la contó entre sus colaboradoras, publicará en breve un estudio sobre la vida y obra de la ilustre escritora.

De regreso

Se halla ya de regreso, reintegrado a sus ingentes labores, don Carlos George-Nascimento, en cuya casa editorial se imprime esta revista. El señor Nascimento, acompañado de su hija María, fué, como quien dice, a conocer aquello que se había quedado grabado en su mente como visiones de infancia, o como el soplo mágico de una leyenda maravillosa.

Don Carlos George-Nascimento, después de recorrer algunos países de Europa, pasó a las islas Azores, dirigiéndose a Corvo, isla de donde es originario. Pasó allí un mes, aproximadamente, después de cuarenta y tantos años de ausencia.

El señor Nascimento, ha realizado el milagro de encontrar el tiempo perdido, como diría Proust, pues allá en su isla el tiempo se ha detenido en un estado de cosas que no ha variado en nada. Costumbres patriarcales, cordialidad fraternal en la convivencia, un comunismo de égloga, sin doctrinas ni ríos de sangre, sin Marx ni Engels, sin tortuosas actitudes, sino que la abierta generosidad del corazón.

El pequeño solar de la isla de Corvo sigue igualmente acogedor. Pasó la tempestad de dos guerras y en aquel dulce rincón quedó intacto el amor humano, la sinceridad fraterna de los ojos que miran sin recelos.